

José Antonio Piqueras, *La era Hobsbawm en historia social. Ciudad de México: El Colegio de México, 2016, 310 pp.*

El libro que reseñamos, realizado por uno de los mejores especialistas en historia social de nuestro país, el profesor de Historia Contemporánea de la Universitat Jaume I José Antonio Piqueras, brinda una magnífica oportunidad para reflexionar e interpretar la manera en la que uno de los más prolíficos e influyentes historiadores del siglo XX, Eric Hobsbawm, desarrolló su quehacer historiográfico para abordar, desde un marxismo poco ortodoxo y renovado, la construcción del pasado. Por varias razones este trabajo despierta, sin duda, un gran interés para los historiadores y también para aquellos que, sin ser profesionales de la historia, gustan de conocerla.

Aunque el libro de José Antonio Piqueras no se adentra, porque tampoco lo pretende, en los debates que vivió la disciplina histórica de la segunda mitad del siglo XX, y sí, como él mismo señala, en explorar la trayectoria intelectual del historiador británico y en mostrar una tentativa de reconstruir una de las más fecundas líneas de la historia social considerada clásica, lo cierto es que toda la obra de Hobsbawm está, sin quererlo, en la vorágine de aquellos años tan convulsos para la Historia. En este sentido, resulta ser esta obra una aportación enriquecedora y, sobre todo, sugerente.

La historiografía de la segunda posguerra mundial puede subdividirse en dos etapas. La primera se halla vinculada a la reinstalación de las democracias liberales en Europa y al proceso de reconstrucción económica impulsado por el Plan Marshall, que promovió a fines de la década de 1950 la expansión de su economía y un proceso de movilidad social ascendente. La segunda etapa se inició con el proceso de revolución cultural que afectó a Occidente y que tuvo su epicentro en las jornadas del “Mayo francés del 68”. Referencia de una época de conflictividad social que incluyó acontecimientos como la revolución cultural china, iniciada en 1966; la matanza de estudiantes mexicanos en 1968 y, el mismo año, la llamada “primavera de Praga”; el nacimiento de los movimientos insurgentes en América latina y un conjunto de movimientos contraculturales que suponían una crítica a escala mundial de la sociedad burguesa de la época.

Si en la primera de esas etapas predominó la historia económica y social, marxista, y el empleo de métodos de análisis cuantitativos, la segunda, por el contrario, se caracterizó por un giro hacia la historia cultural y la utilización de registros de análisis de tipo cualitativo.

Ambas etapas se hallaron atravesadas al mismo tiempo por procesos más específicos. Por un lado, la crisis de la “Europa imperial” que se puso de manifiesto en los movimientos de descolonización surgidos en Oriente, Indochina y el norte de África, entre los que habría que incluir la revolución cubana. Hechos que revelaron ante los europeos y el mundo las miserias de las políticas coloniales y el surgimiento de nuevos actores y espacios sociales que amenazaban los presupuestos de una historiografía predominantemente eurocéntrica. Por otro lado, la crisis que provocó en el marxismo y en los partidos comunistas occidentales la desilusión que siguió a la breve apertura soviética, cuando se produjo la invasión por parte de tropas de la URSS de Hungría

(1956) y Praga (1968). Todos estos hechos legitimarían la actitud de historiadores ligados al Partido Comunista, ahora dispuestos a romper con la ortodoxia del marxismo estalinista.

Al mismo tiempo, fue aquel un período caracterizado por el crecimiento de los recursos brindados por el Estado a los historiadores, a lo que se suma la inversión en investigaciones por parte de fundaciones ligadas a empresas privadas, el aumento de las cátedras y matrículas universitarias así como del público interesado en la historia, cada vez más abastecido por libros y revistas especializadas. Esta expansión fue acompañada por una diversificación de áreas de estudios que se refleja en el surgimiento de nuevas subdisciplinas, con sus propias preguntas, objetos y métodos.

En estas condiciones, los historiadores lograron superar con éxito la renovada crítica de los epistemólogos contra el status científico de la historiografía. Nos referimos a los trabajos, por ejemplo, de Karl Popper, *La miseria del historicismo*; Carl Hempel, *La función de las leyes generales en la historia*; Charles Frankel, *Explicación e interpretación en historia*; Alan Donagan, *La explicación en historia*. Una razón del limitado impacto de estos debates se halla en el escaso interés demostrado por los historiadores por las polémicas epistemológicas y, en general, por las filosofías de la historia. Por ejemplo, la noción de Marc Bloch de la historia como “ciencia de los hombres a través del tiempo” podía convivir con la de Lucien Febvre, que la definía como “un estudio científicamente elaborado”, sin provocar diferencias sustantivas entre ellos.

Por otra parte, los viejos y nuevos debates entre quienes entendían que la historia podía explicar el pasado y quienes se inclinaban a la comprensión; entre quienes definían la historia como ciencia de lo particular y quienes creían que se podía generalizar y formular leyes; o entre quienes aspiraban a un monismo metodológico y quienes sostenían el dualismo metodológico. En estas y otras polémicas que incluyeron la ubicación de la historia en las ramas literarias definiéndola como un saber pre-científico o como una pseudo-ciencia, no participaron, salvo en casos aislados, los propios historiadores. Quienes sí participaban en estos debates reflexionaban en un nivel de generalización en el que difícilmente los historiadores podían reconocerse o, simplemente, los historiadores no estaban dispuestos a prestar atención a las críticas que ponían en duda el carácter científico de sus estudios.¹ Por citar lo que estaba sucediendo en algunos países, hay que decir que Italia fue escasamente receptiva de estos debates. En parte, porque todavía en la posguerra era fuerte la tradición del idealismo croceano en la filosofía de la península. También porque predominaba allí una historiografía política que a pesar de haber recibido a *Annales* –sobre todo después del Congreso Internacional de Ciencias Históricas de Roma en 1955–, no había asumido plenamente los presupuestos de la historia social.² Algo similar sucedía en Francia que, sin embargo, sí contó con historiadores dispuestos a discutir con críticos estructuralistas del

¹ Para un análisis de la recepción de estos debates: Alejandro Cattaruzza, “Historiadores y epistemólogos ¿un diálogo posible?”, ponencia presentada en las *III Jornadas Interescuelas de historia* (Buenos Aires: Mimeo, 1991); y Oscar Cornblit, “Debates clásicos u actuales sobre la historia” en Id. (comp.), *Dilemas del conocimiento histórico: argumentaciones y controversias* (Buenos Aires: Sudamericana, 1992).

² Nicolás Gallerano, “¿El fin del caso italiano? La historia política entre politización y ciencia”, *Cuadernos de teoría e historia de la historiografía*, 10 (1987), s/f.

campo francés como Claude Levi-Strauss y Michel Foucault.³ En cambio, parcialmente más receptivos fueron los historiadores anglosajones, como lo demuestra el libro de I. Berlin, *Lo inevitable en la historia* (1954), y el surgimiento de publicaciones que tendieron a construir puentes entre la filosofía y la historia: *History and Theory, Journal of the History of Ideas y Philosophy and Science*.

Finalmente, es necesario considerar que en los años en que comenzaban a arrear estos debates, los historiadores encontraban en las ciencias sociales y sobre todo en la prestigiosa ciencia económica una nueva fuente de legitimidad científica. Las décadas de 1950 y 1960 estuvieron marcadas por la hegemonía epistemológica y teórico-metodológica de las ciencias sociales que, como la economía o la sociología, eran más susceptibles de asumir la metodología cuantitativa y, como premio, un estatus de cuasi-pureza científica.⁴ Ese contexto general marcó la agenda de las relaciones interdisciplinarias de la Historia y, por ello, la forma que tomó la Historia social en sus primeros pasos. En Francia, tras la Segunda Guerra Mundial, la Escuela de Annales abogó por una historia con influencias de la sociología y la economía, primero, y, a partir de los años 60 del siglo XX, por la antropología. La Escuela de Annales derivó, al contrario que la historiografía británica, hacia una historia de corte cultural, en la que el hecho cultural quedará como una instancia aislada de las otras esferas (económica, social o política). Desde 1946, junto a Rodney Hilton, Christopher Hill, George Rudé, Victor Kiernan, Donna Torr, Edward P. Thompson o Dorothy Thompson, entre otros, Hobsbawm formó parte de lo que se ha denominado “el grupo de historiadores marxistas británicos”. Esta escuela liderará la historia social, en buena parte gracias al prestigio del propio Hobsbawm. Acorde con un renovado clima de ideas, el historiador, nacido en Alejandría, libró también sus combates particulares por la historia: contra el posmodernismo, contra el relativismo cultural y contra el nacionalismo.

José Antonio Piqueras expone tanto en los tres capítulos que conforman la obra como en la entrevista realizada junto con Javier Paniagua al historiador británico, que la propuesta hobsbawmiana se presentó como una alternativa potencialmente sólida. Capaz de ofrecer un nuevo paradigma que integró la historia social y económica, las distintas secuencias temporales, la multiplicidad de ámbitos espaciales, y una alianza con la ambición totalizadora de los Annales de Fernand Braudel, la sociología y la antropología. Es así que en Hobsbawm no encontramos la secuencia, el acontecimiento en detalle, la descripción. En todo caso hallamos la estructura, pero sin culto hacia ella. Su producción viaja por los hechos, pero también por las ideas. Por la producción de bienes materiales, pero también por la cultura y la política. Así lo dejó expresado cuando escribió *Sobre la historia* (Barcelona, Crítica, 1998). Aunque afirmaba entonces que aún faltaba mucho camino por recorrer, él mismo destacó en esa obra que había habido una reconciliación entre la historia y las ciencias sociales, lo cual había permitido que la historia se hiciera crítica y analítica, abandonando de esta forma la

³ Véase VV.AA., *Estructuralismo e historia* (Buenos Aires: Nueva Visión, 1972); Pierre Vilar, “Las palabras y las cosas en el pensamiento económico” en VV.AA., *La historia hoy* (Barcelona: Avance, 1967); VV.AA., *Las estructuras y los hombres* (Barcelona: Ariel, 1969); VV.AA., *La imposible prisión. Debate con M. Foucault* (Barcelona: Anagrama, 1982). Este último título reúne artículos publicados entre 1976 y 1978.

⁴ Román Miguel González, “Eric J. Hobsbawm, la Historia desde abajo y el análisis de los agentes históricos”, *Rúbrica Contemporánea*, vol. 2, 4 (2013): 5-22.

simple descripción de los hechos.

El conocimiento histórico, parte importante del capital intangible de nuestras sociedades, recobró de este modo –de la mano de Hobsbawm–, la funcionalidad dinámica, crítica, dialéctica y transformadora que demanda la intelección del complejo mundo contemporáneo. Esta nueva historia hobsbawmiana, defensora de una concepción materialista histórica, se interesaba por los fenómenos colectivos; la sociedad; los conflictos; las condiciones de vida y de trabajo; las formas de pensar; y rescataba del olvido a los sectores considerados subalternos, populares, rebeldes o, si se prefiere, a “los *de abajo*”. En suma, su trabajo visibilizaba a la gente común o corriente elevándola por primera vez a la categoría y a la dignidad de sujetos históricos. Su reconocimiento por la academia reside en esto y en otras dos cuestiones que son claramente indicadas por Piqueras y que caracterizan la obra de Hobsbawm. De un lado, su enorme capacidad para sintetizar amplios procesos históricos y para divulgarlos a través de una gran narración materialista histórica renovada.⁵ De otro lado, la ruptura que supone su persistente, rigurosa y novedosa forma de abordar la realidad mundial más allá de Europa y de los últimos siglos, lo que supone un aporte de primer orden para comprender el devenir contemporáneo.

Él fue capaz de analizar con nuevos ojos, alejado del determinismo y evolucionismo propios de la ortodoxia comunista, las sociedades latinoamericanas y su historia. Hobsbawm, como señaló la historiadora argentina Hilda Sabato, se distanciaba del economicismo reinante a izquierda y derecha, que limitaba el interés por el pasado a las transformaciones económicas y reducía la historia a una tipología de etapas. Y si bien su historiografía se apoyaba fuertemente en las nociones de progreso y de proceso, sintonizando con las ideas predominantes entonces, su visión compleja acerca de la naturaleza, estructura y mecanismos de transformación de las sociedades concretas se prestaba mejor que otros modelos más rígidos disponibles al estudio de la historia de América Latina.⁶ Para él ciertas regiones de Latinoamérica (caso de Perú o de Colombia) tenían un interés especial para los historiadores del pasado europeo, porque proporcionan ejemplos contemporáneos de un proceso que Europa ya había sufrido, es decir, la transición al capitalismo. Así, teniendo presentes los cambios que habían ocurrido en el propio proceso, los historiadores podían estudiar en el contexto latinoamericano los complejos (y a veces aparentemente contradictorios) cambios político-económicos de la transición al capitalismo agrario, así como las luchas prepolíticas y políticas que surgían de aquel.

Con estas premisas el historiador británico estableció un modelo que le permitió explicar el funcionamiento de las sociedades europeas y no europeas. Esta es una consigna de Hobsbawm que proviene de su formación marxista y que resulta muy útil a la hora de abordar una sociedad o una parte amplia de la misma, como lo son los movimientos obreros y campesinos. La abstracción lograda y ese juego entre lo micro y

⁵ Véase su síntesis de la Historia Universal Contemporánea en cuatro volúmenes: *La era de la revolución (1789-1848)*; *La era del capital (1848-1875)*; *La era del Imperio (1875-1914)* y *La era de los extremos: el corto siglo XX (1914-1991)*.

⁶ Hilda Sabato, “Las lecciones de Hobsbawm”, en César Mónaco (comp.), *Historia y política: seis ensayos sobre Eric Hobsbawm* (Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento, 2017), 19-26 y 22.

lo macro le brinda la capacidad de ver tanto los problemas estructurales de una comunidad como las repercusiones que se derivan en la vida cotidiana de las personas que la componen.

Por todas estas razones *La era Hobsbawm en historia social* es una excelente lectura que puede ayudar al acercamiento del método histórico desarrollado por este gran académico británico permitiendo al mismo tiempo visibilizar sus aportaciones en el campo de la historia. Durante décadas, este autor se constituyó –y lo sigue haciendo– como una figura intelectual de gran impacto en el campo académico europeo e internacional.⁷ Sin duda alguna, Eric Hobsbawm será recordado en el futuro por muchas y buenas razones, y por muchas y buenas obras. Las aportaciones de este historiador han sido reconocidas por la historiografía del siglo XX y, a buen seguro, que también lo serán por la del XXI. En el obituario que firmó en las páginas del diario británico *The Guardian*, Niall Ferguson definió a Eric J. Hobsbawm de forma simple pero asertiva clasificándolo como: “A great great historian”.⁸ A los 95 años de edad había logrado la proeza de ser reconocido, y hasta admirado, tanto por la izquierda como por la derecha. Pero al definirlo como “verdaderamente un gran historiador”, Ferguson reveló de forma clara, incisiva, aquella que fue durante toda la vida una de sus principales y más únicas características: su capacidad para traducir en un discurso simple coyunturas políticas, económicas y sociales de una gran complejidad, sin ceder nunca a la tentación de construir un discurso científicamente irreprochable pero herméticamente cerrado y, como tal, incapaz de transponer los muros de la academia.

Teresa María Ortega López
Universidad de Granada
tmortega@ugr.es

Fecha de recepción: 4 de septiembre de 2017.

Fecha de aceptación: 15 de septiembre de 2017.

Publicación: 31 de diciembre de 2017.

⁷ Véanse algunos de los homenajes que se le han rendido: “Espelho de Clio: Eric J. Hobsbawm 1917-2012”, *Ler História*, 62 (2012), <https://lerhistoria.revues.org/535> [consulta 12 noviembre, 2017]; “Tot parlant de Hobsbawm”, *Rubrica contemporanea*, vol. 2, 4 (2013); o el ya citado C. Mónaco (comp.), *Historia y política*.

⁸ Niall Ferguson, “A truly great historian”, *The Guardian*, 1 de octubre de 2012.